

RAÚL ZURITA

EL MERCURIO

31 OCT. 1998

Los oscuros lab



En brazos de su padre -Raúl Zurita Inostroza- en 1951, cuando el poeta apenas tenía un año.

"El día más blanco" se llama la nueva obra que publicará próximamente el poeta Raúl Zurita. Este primer libro escrito en prosa le ha significado sumergirse en recuerdos que no había querido tocar. Los más emotivos, los que tienen que ver con su abuela, quien, a la luz de este relato exclusivo, parece ser el principio y fin de su vida.

POR FRANCISCA ANINAT

“**M**i padre murió a los 31 años y me sorprende ahora su juventud, me sorprende haber vivido mucho más que él. Es como si no fuese mi padre sino mi hijo y entonces siento que yo mismo lo he ido acunando en un parto húmedo e imposible. Quisiera poder protegerlo, cuidarlo, acomodarlo un poco en su rigidez, en su inmovilidad”. Es Raúl Zurita recordando la muerte prematura de su padre, en un relato de recuerdos que está terminando de escribir y que publicará próximamente.

El poeta, que en 1980 —en señal de rebeldefa contra la época que le había tocado vivir— intentó cegarse arrojándose amoníaco a los ojos; el que en 1982 escribió un poema con aviones sobre el cielo de Nueva York y otro en el desierto de Atacama; el autor de “Purgatorio”, “Anteparaiso” y “La vida nueva” —trilogía que tardó más de 20 años en escribir—, se sumergió en los rincones más profundos de su infancia. Aún está sorprendido de su obra en prosa, que según él comenzó “como una forma de administrar una desesperación antigua y sobreviviente, para terminar convirtiéndose en un homenaje hacia quienes he querido”.

“El día más blanco” se llamará este relato autobiográfico, cuyo tono es bastante contenido. “Si lo hubiese escrito en poesía habría sido más vomitado”, dice. Como todo el mundo, tiene cierta tolerancia hacia sí mismo y su propia imagen. Lo que a él más le importa con respecto a esta obra es su verosi-

litud y que corresponda a lo que él realmente es. Aunque acepta la idea de que muchas veces los relatos autobiográficos se adornan y embellecen. Por eso mismo expresa: “Los artistas no somos santos, ya que los santos son tentados por los demonios, pero los vencen. En cambio nosotros estamos llamados a mirar nuestros demonios. Por esa misma razón muchos se destruyen. Este es un oficio muy riesgoso, pues hay que mirar a los demonios y dar cuenta de ellos; es una forma de exorcizarlos”.

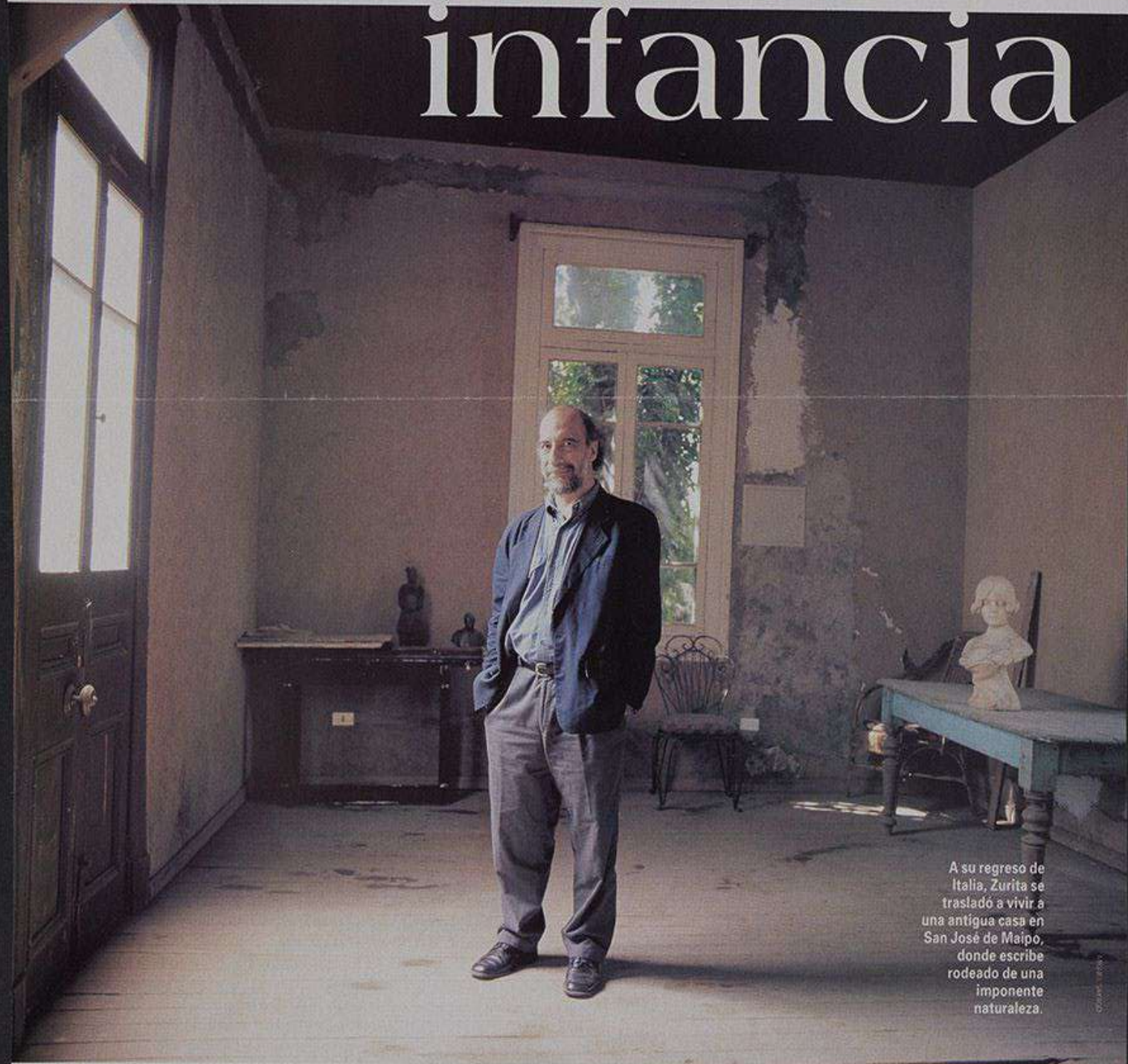
Raúl Zurita fue agregado de prensa en Italia durante el gobierno de Patricio Aylwin y a su regreso a Chile se fue a vivir con su actual esposa, Amparo Mardones, a una antigua casa en San José de Maipo, donde escribe rodeado de una imponente naturaleza. Aunque ha pasado algunos períodos en el infierno —como él mismo lo señala— actualmente se le ve en paz. Parece que ya ha dejado atrás momentos de máximo dolor, como cuando se separó de su anterior mujer, la escritora Diamela Eltit, o el período en que fue detenido durante el gobierno militar.

El poeta ha recibido diversos premios literarios, tanto en Chile como en el extranjero. Su obra está traducida al inglés, ruso, alemán e incluso al japonés, hasta donde viajó para un recital. En Estados Unidos su nombre fue incluido en una antología sobre literatura del siglo XX, junto a los más grandes literatos latinoamericanos.

Después de leer su obra, no cabe duda de que su infancia fue solitaria, carente de bienes materiales y dominada por un extremo sentimiento de fragilidad. La ausencia

31 OCT. 1998

erintos de su infancia



A su regreso de Italia, Zurita se trasladó a vivir a una antigua casa en San José de Maipo, donde escribe rodeado de una imponente naturaleza.

Aviadores italianos durante la Primera Guerra Mundial. Destacado a la derecha, Luis Canessa, abuelo de Raúl Zurita.



de su padre muerto cuando él tenía sólo dos años tiñe sus páginas de una tristeza indefinible: "Es raro imaginar lo que nunca ha estado", dice. Pero la presencia omnipotente de su abuela Veli lo domina todo. "Era tan grande el amor que sentía por ella que años más tarde, cuando me alejé de su lado, fue sólo porque creí que no iba a poder soportar su muerte". Luego sonrío pensando que a ella probablemente no le habría gustado el camino que tomó: "Tal vez habría preferido que yo fuera ingeniero, o alguien poderoso y con don de mando".

Esta mujer italiana de Génova, cuyo nombre era Josefina Pessolo, llegó a Chile durante los años 30 con su hija Ana, de 9 años, y su marido, Luis Canessa. El había sido aviador en la Primera Guerra Mundial y su abuela le contaba que cuando los austriacos lo derribaron pudo sobrevivir caminando dos días sobre la nieve. De esos recuerdos surgió el nombre de este libro en prosa.

Nunca regresaron a Italia y ella vivió sumergida en una nostalgia que sólo parecía saciar relatándole a su nieto, en lugar de cuentos, escenas del infierno de "La Divina Comedia", para luego hablarle de la transparencia del mar de Italia, de sus grandes pintores y de sus obras maestras.

Zurita vivió sus primeros siete años en la calle General del Canto, en Providencia, en el primer piso de una casa con un pequeño antejardín y un magnolio joven. Arriba vivía una familia francesa, y recuerda que todos los 21 de septiembre, cuando comenzaba la

primavera, su abuela los llevaba a oler el jazmín de la casa del lado y luego salían a tomar helados. Fue un ritual que le tocó vivir con su única hermana y que se cumplió todos los años, hasta que se fueron de allí.

Su madre quedó viuda cuando él tenía dos años, y dos días después falleció su abuelo, el marido de Veli. Todos ellos vivían juntos y desde entonces su infancia transcurrió rodeada de mujeres: su abuela, su mamá y su hermana menor. Sin embargo, Raúl Zurita cree tener la única imagen de esos dos hombres: se ve a sí mismo en una cama sosteniendo un carrito de madera. Al frente lo miran su abuela, su abuelo, su madre y su padre, quienes le sonríen. "Quisiera creer que no fue un sueño —dice—, yo aún no caminaba".

Para mantenerlos, ella trabajó en sucesivos empleos. Algunos duraban más y otros menos. "Tenía cinco años y recuerdo un día en que volvió inusualmente temprano. Llegó sin mirarnos, pero su expresión no se me olvida. Trabajaba en la Compañía de Teléfonos y acababan de despedirla por haber participado en una huelga. No sabía qué significaba eso, pero al verla abrazada con mi abuela sentí algo grave. Ambas hablaban en genovés, yo lo entendía perfectamente, lo sé porque en esa lengua comprendí por primera vez la indefensión".

LA RESISTENCIA DEL CRÁNEO

Acerca de esos primeros años recuerda también un toque de queda y las calles: "Era

invierno y había una huelga en contra de Ibáñez. Con mi abuela habíamos ido a comprar parafina y se nos hizo tarde. Aferrados a ella cruzábamos Providencia cada vez más rápido mientras yo trataba de seguir el aliento blanco que salía de mi boca; aquello que en misa llamaban el alma. Sólo pasaban unos camiones a alta velocidad, eran camiones militares.

Dieciocho años después, cuenta, "volví a recordar esa imagen. Terminaba Ingeniería en Valparaíso y era la madrugada del 11 de septiembre. Lo recordé mientras estaba junto a una muchedumbre arrojado boca abajo sobre el suelo de un enorme patio arenoso, cuyos granos se me incrustaban en la cara. Recuerdo el cielo gris y el peso de los soldados que corrían echando carreras sobre nuestras espaldas, contrastando con la levedad de la bruma. Uno de ellos se había detenido y daba saltos sobre mi cabeza. Escucho al unísono el golpe de sus saltos y el lejano sonido del Pacífico que emergía desde la niebla como si fuese la última prueba de una realidad que persiste. Su apagado bramido me hace pensar en las rocas y luego en la increíble resistencia del cráneo".

Recordaba entonces que cuando niño la idea de que no se muriesen juntos le resultaba intolerable. "A mi abuela le daban unas taquicardias que la obligaban a sentarse. Con mi hermana nos pegábamos a ella preguntándole: ¿Se te pasó, se te pasó?" Era una pesadilla que lo siguió durante años. A la salida del colegio se arrancaba a la Iglesia



31 OCT. 1999

En 1954 el escritor junto a su abuela "Veli" y su hermana Ana Maria, en la playa de Pichilemu.

de la Divina Providencia para pedir que se muriesen los cuatro al mismo tiempo. Lo hacía una y otra vez —dice—, entraba furtivamente porque me avergonzaba de que alguien lo supiera”.

Un hermoso día de primavera los franceses abandonaron la casa que compartían. Así, él pudo conocer el segundo piso, al que nunca tuvo acceso y desde lo alto vio el magnolio que tanto quería desde pequeño. A los pocos días ellos también se mudaron y

allí junto a multitudes de estudiantes secundarios que se detenían para arrojarle piedras y después huir entre el ruido de los carros lanzaagua. Recuerda que las marchas se iniciaban a la salida del liceo, donde se asomaban las primeras banderas rojas que veía en su vida. Sin saber cómo, se ve sosteniendo una. Era el año 1963 y gobernaba Jorge Alessandri. Sus amigos no participan de esas marchas y tampoco entienden por qué él lo hace. El sólo sabe que se ríe y que se

dera roja y sé que la dejé caer al primer susto, a la primera arremetida”.

Los enfrentamientos con su abuela no son de extrañar. Una vez que ella lo ve regresar mojado, se pone de pie y sin pedirle que se cambie la ropa le exige perentoriamente que lo siga. Toma la micro que va al cementerio, donde compra unos ramos de claveles. Camina hasta los nichos donde están su padre y su abuelo, les deja algunas flores: “Entonces me ordena que me arrodille y casi

“VI A MI ABUELA ANTES DE VIAJAR Y PRESENTÍ QUE ERA LA ÚLTIMA VEZ; SIN EMBARGO, LE ROGUÉ EN SILENCIO QUE ME ESPERARA. ESTABA RECOSTADA SOBRE SU CAMA, LA FUERZA DE GRAVEDAD LE HUNDÍA LAS MEJILLAS COMO SI FUERAN OTRAS DOS BOCAS Y SENTÍ EL ESFUERZO QUE HACÍA POR ESTIRAR LA CARA. ME MIRÓ, CREO QUE INTENTABA SONREÍRME, COMO SI SE ESTUVIERA DISCULPANDO”.

fue la última vez que olió el jazmín del jardín del lado: “Horas antes de mudarnos Veli nos llevó de la mano y nos hizo detenernos frente al jazmín. Aspiró profundamente y luego nos dijo que oliéramos, que no olvidáramos nunca ese olor, que no hay otro en el mundo que se le parezca”.

HUELGA Y BANDERAS ROJAS

Siempre regresa de esos callejones a pie. En su larga caminata atraviesa la Alameda y al acercarse al centro reconoce el edificio del Ministerio de Educación. Ha estado antes

siente feliz. “El pabellón de las juventudes comunistas se abría como un suspendido clavel rojo”.

“Lo que sigue dura un instante. El enorme grupo vuelve a ponerse de pie y me veo corriendo entre las calles del centro. Todo termina cerca de las dos, en medio de batallas campales con lluvias de piedras y huidas, donde me caigo empujado por los chorros de los carros lanzaagua. Retorno a mi casa solo, con la ropa empapada y entiendo entonces que todos los regresos son desoladores, que al menos para mí lo serán siempre, por el resto de mi vida. Recuerdo la ban-

gritándome me dice: tú estás peor, tú vas derecho allí, si es que no estás ya allí. Toma —me repite mientras me empieza a pasar con furia los claveles que le han sobrado—, éstos los compré para ti porque estás más muerto que esos dos”.

MISA DE DIFUNTOS

El 28 de marzo de 1986 llegó de un viaje a ver a su madre. Al observarla entera de negro supo de inmediato que su abuela había muerto. La habían enterrado el día anterior. En sus últimos años olvidó el poco castella-